

**CUENTO N° 296**

**TÍTULO: INTENTO DE VIVIR**

**SEUDÓNIMO: MARVE**

**AUTORA: MARÍA VERÓNICA MORENO LEROU**

## Intento de Vivir

## Marve

Hay suspendido un vaho rancio que se mete en mi aliento mientras camino por las calles de la ciudad de Palenque en Chiapas. Sale de las cáscaras descompuestas de los mangos que flotan entremedio de otras cosas después una lluvia tropical. En varios negocios pregunté, ¿transporte para Yaxchilán, por el río?-. –Sí, de madrugada a las 5:30.- Eso haré. Saldré a la mañana siguiente.

También la humedad está impregnada en mi bolso cuando guardé el pasaje. Yaxchilán, -había investigado acerca de esa ciudadela maya y su narrativa en piedra cuando inesperadamente el callejón con las cercas verdes y colores en las ventanas se abre a una explanada atravesada por rieles. Es una inmensa cancha donde hay decenas de personas, algunas sentadas, otras, recostadas contra unos escombros. A lo lejos suena una salsa de Rubén Blades. Parece que hubo viviendas. Quedaron las murallas demolidas repletas de imágenes encaramadas unas sobre otras, chocando. Sobre el cuerpo de un jaguar dibujado se levanta la cola carnuda de una iguana que termina con su cabeza en una rama desde donde cuelgan unos monos con sus genitales violáceos inyectados en unas vaginas inflamadas. Otra, a la par las han mutado en pétalos brillantes. Un retrato de Carlos Santana en el centro de una estrella. Catrinas, las calaveras mexicanas, intervenidas y escritos que no logro descifrar. Un cincho cargado de balas enmarca ese cuadro. Por detrás de uno de los muros la sombra de una silueta se mueve. Es un niño que se asoma y se agacha a recoger un objeto.

Le pregunté acerca de las personas, -¿qué hacen aquí?-

-reservan su espacio para cuando toque correr al tren, al lomo de La Bestia y cruzar México hasta la frontera con los Estados, son “los de la esquina”-. Así los llamé. Ahora que se dio

vuelta hacia atrás la visera de su gorra lo veo más niño de lo que me había imaginado y lo escucho.

-Me apodan el Barrilete. Con diez años no cumplidos todavía...

-¿Barrilete?- Confirmo -¿cómo Quincho Barrilete? ¿El tema del nicaragüense Carlos Mejía Godoy?-. Me contesta, -sí, yo también soy legalmente nicaragüense, aunque no vendía bolis como el Quincho.- Es esa mezcla congelada de polvo de color con agua. Me dice que -solo agua, no alcanzaban las monedas para el polvo-.

-¿y de qué esquina me hablas? le consulto.

-puede ser cualquiera, la esquina de Guatemala con Honduras, la de El Salvador con Nicaragua. Centro América tiene esquinas que se juntan.- Visualizo los países y con mi índice recorro unas líneas gruesas en un escombros en el suelo. Reconozco el sombrero alón de Emiliano Zapata. El chico me pregunta que hago yo.

Dejo a Zapata para responderle, -Acá por trabajo- y es cuando las piernas de uno que está encaramado en un pedazo de muro vuelan al suelo. Parece un muchacho mayor. El cuello manda sus movimientos y sus ojos son tan veloces. He visto venados que son así.

El de la gorrita me sigue conversando.

-Ese se llama Bairon, es de Honduras, de San Pedro Sula. Con dos pasos largos está al frente mío con su vista en mis botines.

-No la van a morder las serpientes. Y sin pausa agrega, -este es mi tercer intento de cruzar a los Estados.-

No sé qué me daría más miedo: que me quite los zapatos o un animal que me muerda los dedos del pie. Quiero saber cómo se conocieron.

-Aquí se habla poco, para que contar, mejor no volver atrás.- Lleva puesta una camiseta muy grande sobre sus hombros y en el frente tiene impresa la frase: gigante oscuro. Bairon es cortante y yo no insisto.

-Yo llegué solo, reventado y me dormí. Este compa me despertó y me dio agua.- Es el Barrilete refiriéndose a Bairon y me hace sentir confiada. Nada le pasará a mis pies.

-cuando agarré la botella yo lo miré bien y no le vi tajos ni costuras.-

-¿Cómo?- ¿qué no le viste?- Que me aclare le pido. -no tiene cortes bravos, y agrega con son de refrán, -a muchas cocidas, menos amigos.-

Los ojos del Barrilete, -sin la visera de la gorra- son azabache. El objeto del suelo que recogió es un Bumble Bee. Aún conserva algo de su amarillo original en sus piernas articulables. Lo transforma, de escarabajo a héroe- lo mira como a una estampita y le cuelga una petición.

- El Bairon y yo cargamos solo un sueño: poder vivir. Y estamos esperando a La Bestia y de ahí nos tiramos el desierto caminando.-

Recuerdo que a uno de mis nietos le escuche que en el universo de los transformers, Bumble Bee es el pequeño héroe que se esfuerza para sortear las dificultades.

Otro muchacho se acerca. Me dice que es de Guatemala.

Trae sonrisas y envuelto en hojas de plátano olor a frijoles con arroz y tortillas.

-tuanis-, se dicen entre los tres. Parece la adaptación al español de tlatoani en náhuatl una de las lenguas de los pueblos originarios de la zona.

Se saludan, se tocan y se quedan juntos. Bailan. Extienden sus brazos, empuñan sus manos y se dan tres golpes cortos en los nudillos. Siguen el mismo ritmo con una palmadita a la altura

de sus corazones. Se miran de frente, nuevamente hacen un puño y terminan abriendo sus manos como si lanzaran estrellas de la punta de sus dedos.

Bairon entre bocados comenta, -es aberrante en Sula, o me agarran para traficar órganos, prostitución, o terminamos de mulas transportando droga. Da igual, tarde o temprano nos matan, de un tiro o de hambre. De allá arriba pude oler la grasa de la ruedas de la Bestia.- y me muestra el muro desde donde se tiró.

-No tiene mucha sazón.- Lo dice refiriéndose a la comida.

Pero como satisfecho agrega, -mejor, no podemos dormirnos con el cha cha cha... No más que nos aguante para treparnos. Lo primero es fijar las dos manos. Una no te aguanta, la velocidad del tren te vuela.-

El Barrilete se ha quedado quieto. Cuando celebraba la comida con los compañeros, se percató que su zapatilla ya no sostiene su pie adentro. Esta irreparablemente rota.

De la misma bolsa donde trajo la comida el chico de Guatemala tira los cordones de un par de zapatillas usadas.

-Ya no tienen mucho color. Medítelas chavalito. Las tuyas se venían rompiendo.-

El Barrilete termina de separar la suela de goma de la tela de su zapatilla rota.

-Aquí dejo esta muerta. Pasáme solo una, la de este pie,- contesta el Barrilete. Cuando la hubo amarrado dijo, -bien calzado me lanzo corriendo a la pisadera del vagón.-

-Cada curva, cada frenada es un peligro. La bestia no se detiene, caiga quien caiga en la vía,- dice Bairon y con un doble chasquido anuncia que se pondrán en movimiento.

-Y el viaje, ¿dónde termina? pregunto.

-Texas, Nuevo México, Arizona, Baja California. No se sabe.-

Muevo las hojas de una enredadera que comienza a crecer en el lado izquierdo del muro y leo en voz alta:

-Porfirio dictador, Pérfido, Piraña, Petulante, Pagano, Parásito, Pervertido, Pedigüeño...-

Me ensordece el silbato del tren.

El que llegó de último con la bolsa me pregunta, -¿usted puede?- y se abrevia muchas frases con sólo ponerse la mano como auricular.

Busco mi libreta de apuntes. Yaxchilán había escrito en su tapa días antes de mi viaje. Y adorné las letras con una guirnalda como las de la Frida Kahlo. Yo guardaba una similar de mi exilio en ciudad de México.

Apurada. Me dan los nombres y los números. Les diré que los he visto. Le entrego unos dólares a Bairon y “me queda un menudo en quetzales”, -¡dale, todo sirve, hasta la fe!-

La Bestia había advertido su paso. Los migrantes corren a la par de la línea férrea. Los saludos con buenos deseos y agradecimientos por los aires como el cuerpo del pequeño, el Barrilete. Brinca, un paso al escalón de más arriba, hace un giro exacto con sus caderas. Con una mano aferrada a un tubo y una rodilla en la pisadera, abre un brazo y se impulsa hacia el lomo del vagón. Salen chispa del acero, las ruedas, su continuidad me aturde, traca traca traca y el Barrilete está arriba acercándose a Bairon y al otro. Le ofrecen sus manos para terminar de llegar.

Y a más de tres mil kilómetros las luces brillantes de la limusina blindada de Donald Trump- también apodada La Bestia- acecha al otro lado de la frontera.

Yo me retiro. Iré en busca del aguacero que ya se siente caliente en el aire.

Algunos no lo lograron y están en el suelo pegados a las murallas desde donde se asoma un par de niños, nos miramos con una tristeza vaga, me detengo en sus oscuras ojeras y ellos voltean la vista hacia el suelo. Cada uno se mide la suela de goma de la zapatilla.

